



Eucaristía banquete fraternal

Corpus Christi

Juan 6, 51-58 Mi carne es verdadera comida, y mi sangre es verdadera bebida

En aquel tiempo, dijo Jesús a los judíos: Yo soy el pan vivo que ha bajado del cielo: el que coma de este pan vivirá para siempre. Y el pan que yo daré es mi carne, para la vida del mundo.

Disputaban entonces los judíos entre sí: ¿Cómo puede éste darnos a comer su carne? Entonces Jesús les dijo: Os aseguro que si no coméis la carne del Hijo del Hombre y no bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros. El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna, y yo lo resucitaré en el último día. Mi carne es verdadera comida y mi sangre es verdadera bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre habita en mí y yo en él. El Padre que vive me ha enviado y yo vivo por el Padre; del mismo modo, el que come vivirá por mí. Éste es el pan que ha bajado del cielo: no como el de vuestros padres, que lo comieron y murieron: el que coma este pan vivirá para siempre.

Reflexión

Vamos a reflexionar sobre el tema: “Eucaristía banquete fraternal”. La misa es un banquete, una comida. Y en ella nos encontramos con todos los invitados a esta cena. Y todos juntos formamos una comunidad de tipo familiar, una comunidad de hermanos

Ya sabemos que el Señor dijo su primera Misa durante el curso de un banquete, en la Última Cena. Y la Iglesia ha seguido siempre esta tradición: su Misa es ante todo un banquete.

El altar es fundamentalmente una mesa. Y el sacerdote y los demás fieles se sienten invitados a comer una carne que es un verdadero alimento, y a beber una sangre que es auténtica bebida.

¿Y qué es lo que se hace en ese banquete? Como suele hacerse cuando se encuentran amigos, antes de comer, se charla un rato, se tocan algunos temas interesantes y actuales, se escuchan unas palabras de consejo y de aliento. Es lo que pasa en la liturgia de la palabra.

Y a continuación, en un banquete, se ofrece algo. Los invitados llevan algún regalo de gratitud a los anfitriones: el ofertorio de la misa donde entregamos nuestra ofrenda personal.

Finalmente, como es lógico en un banquete, se come, se participa, se comulga. Cuando queremos cultivar nuestra amistad, celebrar alguna fiesta, manifestar nuestro cariño, entonces invitamos a nuestra mesa y comemos juntos.

También en la Eucaristía, el Padre de familia, nuestro Padre celestial, reúne a todos sus hijos. Una vez por semana, el Padre nos invita, para que nos sentemos en su

mesa. Y dándonos su Pan del cielo, se da a conocer como Padre. Y, a la vez, hace que nos reconozcamos a nosotros mismos como hijos suyos y hermanos de los demás.

¡Qué triste que muchos no acepten esta invitación divina, que la mayor parte de los que se llaman cristianos se nieguen a venir a la casa de su Padre!

Qué lamentable, además, que muchos - después de aceptar su invitación - se nieguen a comer en la mesa. Dicen que no tienen hambre, que no tienen ningún apetito. ¡Hay que ser Dios para poder soportar todo esto! ¡Hay que ser Padre, Dios-Padre, para sufrir todo esto con paciencia! Los primeros cristianos, en cada misa, comulgaban todos. No les entraba en la cabeza, que se pudiera venir a misa sin comulgar en ella.

Ahora, la Eucaristía es un banquete fraternal. En ella nos encontramos no sólo con el Padre de la familia, sino también con nuestros hermanos. La unión con Cristo en la Eucaristía tiene que abrirnos también hacia los demás invitados. Con todos ellos hemos de encontrarnos en una buena comunión y la gracia, como un río, circulará de nosotros hacia ellos y de ellos hacia nosotros.

Así crece y se profundiza la vinculación y la unidad entre todos nosotros, que formamos la Familia de Dios. Como el pan sobre el altar está compuesto de muchos granos de trigo, y el vino de muchos granos de uva, - así también nosotros, en la comunión, nos convertimos en un solo cuerpo, en el cuerpo de Cristo. El estar comiendo el mismo Pan de Cristo es lo que nos va convirtiendo, poco a poco, en su Cuerpo Místico, Cuerpo de los hijos de Dios.

Cristo, en la Eucaristía, se hace Cristo de la unidad, Cristo de la fraternidad, Cristo de la paz entre los hermanos. Él viene a unir a los hombres con el Padre y a los hombres entre sí. Y aquel que entra en comunión con Él, participa de ese misterio de filiación y de fraternidad que Cristo vino a traernos.

Los apóstoles, después de la última Cena, sin duda se sintieron tan felices, tan llenos de alegría y amor fraternal como nunca antes lo experimentaron. Y entonces se dieron cuenta de que sólo Dios podía haber hecho esto, de que sólo Dios podía animarlos y unirlos de esta manera.

Y nosotros, ¿cuándo nos sentiremos, al salir de la Eucaristía, tan felices, tan renovados, tan fraternales - como ellos? ¿Cuándo nos daremos cuenta de que - como aquella primera vez - Dios había estado presente entre nosotros y nos había unido como familia de hermanos?

¡Qué así sea!

En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Amén.

Padre Nicolás Schwizer
Instituto de los Padres de Schoenstatt